

Fabián Salvador, Julio. *Pared del sol*. Lima. 2015. 54 pp.

Pared del sol es un libro que cautiva por la manera sencilla de expresar aquella razón de amor que a todo lector atento enternece por ser un tema tan universal provisto de ese inherente sentimiento humano.

Julio Fabián Salvador, su autor, pertenece a las recientes generaciones de poetas sanmarquinos. También en su alma máter, ejerce la docencia universitaria e investigación en el campo de la Física. Lo cual no deja de llamar la atención debido a su singular manera de acercamiento a ambos espacios al mismo tiempo.

Ha publicado el libro de poesía *Eigen* (2000), su segundo libro fue *Zumbante Nervio* (2005), el tercer libro lleva por título *El silencio de la máquina* (2007) y *Darkness* (2012), su talento poético lo ha llevado por diversos caminos.

En *Pared del Sol*, el libro que comentamos, la amada es la dulce compañía que el poeta necesita para llenar el vacío de su desolada soledad, alguien que redima sus momentos de absoluto abandono y dolor existencial.

En mi habitación, en silencio, alucino que llegas
para regalarme tus manos de madera
Y te veo descalza andando sobre la línea
del mar de una primavera gris.
Sácame te imploro, del ruido de las máquinas,
libérame de la corta estadía de los desahuciados.

En etéreas visiones, en siderales lugares alucina estar con ella. Su platónica mirada la dirige, pues, a recónditos parajes a fin de hallar, aún en ausencia, la imagen bella de la amada. Así, en “Hacienda en el Paraíso” le escuchamos decir:

Yo soñaba con una hacienda en el Paraíso y
con el amor corriendo sobre el río,
uno de niño piensa que el tiempo
es más que el infinito.
Aún sueño con ella, con su nombre fuerte,
Escrito desde un valle
iniciando el alfabeto.

De este modo, se puede percibir el tono nostálgico que atraviesa todo el libro y que convierte al lector en una especie de confidente en su trajinar amoroso.

Yo de niño soñaba con una princesa
tomándome las manos,
limpiando mi alma, rescatándome de la tristeza.

Invocación nos devuelve el tono melancólico, quejumbroso y evocador por la ausencia de la amada, pero aquí hasta la naturaleza se transforma y es cómplice de su dolor, cuando la amada ya no escucha su invocación que lo perturba y conmueve hasta perder el sentido de lo existente llevándole a lugares que sirvan de refugio a sus cuitas.

Una constante que se repite como una interrogante que no halla respuesta. Es una lacerante llamada a alguien que ya se ausentó y que ha dejado una huella en su ser, y, sin embargo, sigue viviendo en el tiempo del amor que vive el poeta:

Te quiero es la verdad, pero decirte que te quiero
sería más verdad si me escucharas.
El rumor de los geranios que se balancean
pierde su gracia con la tristeza.
¿Cómo puedo traerte de nuevo a mí?
¿Cómo te digo aquello que no pude decirte?

Así, sucede también en “Apenas he pensado en ti” cuando el poeta imagina a la mujer amada. Recuerda su bella imagen, anhelando tenerla cerca, viviendo idealmente presente hasta en su pensamiento.

Apenas he pensado en ti
Y en cómo levitaban tus palabras
cuando mencionabas que temías enamorarte.
Enamorarse nada tiene que ver
con las probabilidades,
pero es probable que uno tienda a enamorarse
de quien no debe.
El deber del hombre es vivir, aunque a veces
el amor se haga humo,
porque en sensación de fuego te imagino y
en la humareda no veo más allá que las letras de tu nombre.

Corroboramos el estado de ánimo, la desazón que se apodera del hablante poético cuando leemos “Espera Endecasílabo”. En este poema, el tema es el desengaño amoroso que sufre el poeta por el abandono del ser querido, que ni su recuerdo consuela su solitaria espera. Siente “el dolor ardiente de su partida”. Sólo atina a comprobar como el tiempo se deshace entre bambalinas.

Era tarde ya cuando te esperaba,
No había soles, sólo las neblinas
Cayendo como piedras de ceniza.
Detenido y estático aguardaba,
pies y piernas doblándose, torcidos
como tallos o mármoles livianos.
Cuántos minutos desgastados, viendo
el tiempo y tu nunca llegabas, nunca,
en absoluto. Fue como morir

presente, con el gesto de un plantado
entre las brisas arias, transtornadas.

En la segunda parte de este transcurrir poético, el noble aeda, hablante poético, rinde homenaje a la mujer como símbolo de la belleza ideal del amor. Como cuando en el delirio de los caminantes amorosos evoca, por ejemplo, a Petrarca en su dulce lamentar:

Solo y penoso en páramos desiertos.
Mis pasos doy, cuidadosos cansados,
Y entrambos ojos traigo levantados
A ver, no vea alguien mis desconciertos.

De igual manera sucede cuando “Agustín Lara habla sobre la belleza”:

Recuerdo a las mujeres más hermosas
idolatradas por los hombres, cargadas con ínfulas sobre sus labios.

Confesando la cruel caducidad de su hermosura que hay que procurar saber aprovecharla mientras dure y sea dulce fruto:

La piel suave y elástica dura el tiempo
que madura una cereza.
Nada más frágil hay que un beso en la mañana,
Hay que amar mientras el corazón golpee el pecho y,
Acariciar el rostro de la mujer que uno quiere
para que no se olvide de nuestras manos.

Tal vez lo percibimos mejor cuando el poeta recreando la palabra de los seres casi divinos como son las mujeres poseídas por su infinita y delicada hermosura de artista, así como cuando “Kate Beckinsale escribe un poema”:

Soy la mujer más hermosa y mi mundo es la noche sombría
y relampagueante de los astros,
amo todo lo que puedo para seguir radiante.

Todas estas disquisiciones nos permiten establecer una comparación o paralelo con el poema “Cántico a una muchacha” de Francisco Bendezú perteneciente a su libro *Los años* (1946-1960) que en algunos apartados, exaltado por la belleza física femenina, describe minuciosamente sus encantos. La mujer es aquí representada como un ser materialmente existente.

Como alfanjes tus labios. Y tus comisuras,
con ataujía de oro y diamante.

Como torre de marfil, tu cuello. Tu cuello,
con guirnaldas.

Como varas de azucena, tus brazos. Lisas,
tus manos.

Como pomas, tus pechos. Tu busto de yodo
y esmeralda emerge de las olas, señalado entre
los de todas las hijas.

Como fuste de azófar, tu talle. Y tus axilas,
con olor a nardo.

Como calvero, tu vientre. Y la gruta de las
ballenas, festoneada de líquenes.

Como almiar oreado de céfiros, tu pubis.
Tu pubis, de grafito y miel jaldada.

El poeta anonadado le declara entonces, su irresistible amor:

¡Mis sueños te aman!

¡Mi alegría te ama!

¡El amor te ama, amada mía!

Y el deseo —bajel empavesado, bajel des-
bordante de mirra y cinamomo— navega a velas
tendida por mi sangre.

La otra vertiente que los acerca como fervorosos cantores de la belleza de la mujer, es su admiración por las estrellas femeninas del cine, artistas a las cuales Francisco Bendezú escribe cuidadosos y sugerentes artículos, tal es el caso del artículo dedicado a Marilyn Monroe, por poner un ejemplo.

Mientras que Julio Fabián las erige, como hemos visto, en objetos ideales de inmensa admiración, como mujeres y artistas símbolos del amor.

Así, tenemos el poema titulado: *Poema para Eva Green*:

En el azul circular de tu iris
he visto la Torre alta de París,
yo ciudadano extranjero,
he divagado con árboles de hierro
en un sueño quebrado tú has sonreído en las acacias.
Tu melena oscura, como una sombra inmensurable,
se ha soltado en un desierto como delicia de un vaivén
y miles han corrido hacia tu reino
yo, hombre extraviado en la Tierra,
he intentado entrar en el Edén donde has gobernado.

Pared del Sol es la expresión de un amor juvenil sin límites, porque tal como señala el escritor y filósofo Carlos Thorne, en el Hilo de la Razón: “joven es quien ama tanto que al noble amor sacrifica la vida de la que el amor es vida”.

Por consiguiente, creo que *Pared del Sol* es la estancia del amor donde habita este sentimiento humano y la mujer amada es el ser sublime a la que el poeta con su mágico canto le rinde pleitesía.

Pared del Sol de Julio Fabián es un ejemplo de escritura sobre afecto amoroso, donde la poesía y el universo todo se juntan; al fin y al cabo ambas son grandes constelaciones del ser, para ha-

blarnos del amor y la belleza femenina. Sólo así se explica su concepción poética.

Esta última entrega, diremos finalmente, merece muchas lecturas de espíritus iluminados por la ilusión de amar a la belleza hecha mujer, al amor sin límites por ellas (**René Solórzano Rossi**).